Cuatro días de marzo.

Mundo.

I. Más acá de la Modernidad.

Los cuatro días de marzo transcurridos tras la masacre del 11-M prefiguran un cambio de paradigma político a gran escala. El agotamiento de la potencia heurística del aparato categorial político de la Modernidad ha alcanzado un estado crítico que amenaza con descubrir excesivamente la retaguardia de la multitud ante la ofensiva imperial. Incluso con las reservas que nos impone la espera de un análisis más detallado, disponemos ya de importantes indicios en este sentido; comenzando por el cheque en blanco que IU ha decidido ofrecer a Zapatero el día de su investidura.

Los acontecimientos de estos días, sin embargo, son irreductibles a un universo de discurso articulado en torno a categorías políticas ancladas en la forma-Estado (gobierno, soberanía, parlamento, pueblo, elecciones generales, partidos, etc...). La insistencia en ello de buena parte de la "izquierda" (otra categoría a desechar), incluidos algunos de sus sectores más serenos y reflexivos, es la opción por el callejón sin salida del arcaísmo político.

Seguir luchando, ahora, es seguir haciendo reverberar el discurso polifónico de la multitud, continuar impidiendo que la máquina de la soberanía transforme la multitud en una totalidad ordenada. De otro modo, el arcaísmo político expondrá la multitud más fácilmente a esa forma de extenuación simbólico-afectiva poselectoral perfectamente inútil llamada desencanto. En vano intenten los explotadores de esta desilusión futura colarse hoy disfrazados en el cortejo de las ilusiones triunfalistas felicitándose por haber "derrotado a la derecha". Ambas estrategias corresponden al mismo juego de la representación y, en rigor, de lo que aquí se trata es de participación, de seguir ofreciendo puntos de fuga, opciones transversales al gobierno representativo.

II. Dimensiones de lo político.

Estos cuatro días de marzo reclaman una redimensionalización general y mundial ("global") de la política.

Los atentados no han pivotado sobre un Estado nacional particular (el denominado "Reino de España"), sino sobre el espectáculo de la constitución del Imperio y los dispositivos de transferencia de soberanía que comporta. En este sentido, el intento del gobierno Aznar por forzar una inversión en el flujo de transferencia a favor de la legitimación del Estado nacional y su conflicto particular de soberanías con ETA ha resultado un auténtico fiasco; fiasco que, por demás, terminará reforzando los dispositivos imperiales a medio plazo: John Kerry celebra ya un nuevo espaldarazo internacional a su campaña; Chirac y Schroeder, la ONU y el Comité Internacional de la Cruz Roja, reajustan sus estrategias al nuevo escenario; del gobierno en funciones hasta el más pequeño de los partidos parlamentarios no se espera más que una estrecha colaboración.

Los acontecimientos no han operado en una lógica intrínseca a la estructuración de las formas institucionales propias de la constitución formal, sino en aquella otra lógica en que se inscribe el desarrollo de la constitución material del posfordismo. Esta ruptura del funcionamiento institucional y apertura subsiguiente de una estructura de oportunidad para la emergencia del poder constituyente ha sido el principal efecto indeseado que ha provocado la tremenda incomprensión del estado de excepción como paradigma de gobierno por parte del ejecutivo de Aznar. La intervención gubernamental de estos días pasará a la historia de la política como una suerte de enorme traspiés producto de un patético reflejo condicionado del nacionalismo autocrático español.

La intervención de la jefatura del Estado, por su parte, ha puesto en evidencia la disolución de los contornos puramente formales de la constitución; su inoperancia manifiesta, el vaciamiento de la monarquía como figura constitucional. Si el 23-F fue un drama que contó con la monarquía con principal protagonista, el 11-M ha sido una farsa en la que apenas tuvo un papel secundario. En abierta contraposición al 23-F, la alocución televisiva del monarca ha expresado su propia obsolescencia y con ello la de la forma-Estado.

III. La centralidad social de lo político.

Pensar estratégicamente el contra-Imperio es pensar desde la centralidad social de lo político, sabotear la autonomía de los dispositivos institucionales de la forma-Estado, no entregarse a las estrategias de la ilusión o de su reflejo, la desilusión. Ante el presente estado de cosas, el 20-M se presenta al movimiento de movimientos como un primer test frente a la máquina de la soberanía.

La *raison d'État* se apresta ya a la apropiación del "No a la Guerra". Rechazar el espectáculo como

instrumento unificador y creador del orden imperial aboca a reforzar la autonomía de los procesos de subjetivación de las figuras antagonistas ante la diversificación espectral de esas tonalidades emotivas hoy emergentes que son el cinismo y el oportunismo. En el agitado festín del reparto de cargos públicos que acompaña a un cambio de gobierno no hay futuro ni esperanza.

Pero la multitud no es reductible al Imperio. Antes bien, estos cuatro días de marzo han demostrado hasta qué punto es posible la creación de un nuevo cuerpo social más allá del Imperio mismo. Por este motivo, ahora que se ha abierto un nuevo horizonte ontológico, conviene no perder la perspectiva.

Genève 17.03.2004
(Work in progress: versión II)

Copyleft: La reproducción, apropiación y traducción de este texto están permitidas; el autor agradecería ser informado.
E-mail: raiviejo@hotmail.com